Estimadas y estimados:

En primer lugar quisiera agradecer a la Secretaría de Extensión, a la Sofía Cartonera"; al PROPALE; al Programa de Apoyo a las Bibliotecas Populares; y el programa "Jóvenes y Memoria" por la posibilidad de contar hoy con la presencia de Laura Devetach en Filo. Para presentarla y decirle a ella y a todos ustedes que es para nuestra facultad un motivo de gran orgullo contar hoy con su presencia, quisiera comentarles que hace algunos meses tuvimos en el ámbito del Consejo Superior de nuestra Universidad una discusión respecto a los materiales que la CTERA había propuesto para trabajar con las escuelas en el día el detenido desaparecido, con relación al caso Santiago Maldonado.
Más allá de los avatares de esa discusión, uno de los temas que se debatieron fue el carácter de los materiales producidos por el gremio docente, y en particular los que estaban destinados al Nivel Inicial. Se cuestionaba el tipo de material y las actividades que se sugerían. Al analizar los materiales en cuestión, nos encontramos con tres textos "Irulana y el Ogronte" de Graciela Montes, "Un Elefante Ocupa Mucho Espacio" de Elsa Borneman y **"LA PLANTA DE BARTOLO"** de Laura Devetach. Seguramente quienes estamos aquí hemos leído el cuento de Laura, sin embargo vale la pena repasar el texto:

El buen Bartolo sembró
un día un hermoso cuaderno
en un macetón.
Lo regó, lo puso al calor del
sol, y cuando menos lo esperaba,
¡trácate!, brotó una
planta tiernita con hojas de
todos colores.
Pronto la plantita comenzó a dar cuadernos.
Eran cuadernos hermosísimos, como
esos que les gustan a los chicos. De tapas duras
con muchas hojas muy blancas que invitaban
a hacer sumas y restas y dibujitos.
Bartolo palmoteó siete veces de contento
y dijo:
–Ahora, ¡todos los chicos tendrán cuadernos!
¡Pobrecitos los chicos del pueblo! Estaban
tan caros los cuadernos que las mamás, en
lugar de alegrarse porque escribían mucho y
los iban terminando, se enojaban y les decían:
–¡Ya terminaste otro cuaderno! ¡Con lo
que valen!
Y los pobres chicos no sabían qué hacer.
Bartolo salió a la calle y haciendo bocina
con sus enormes manos de tierra gritó:
–¡Chicos!, ¡tengo cuadernos, cuadernos
lindos para todos! ¡El que quiera cuadernos
nuevos que venga a ver mi planta de cuadernos!
Una bandada de parloteos y murmullos
llenó inmediatamente la casita del buen Bartolo

y todos los chicos salieron brincando
con un cuaderno nuevo debajo del brazo.
Y así pasó que cada vez que acababan
uno, Bartolo les daba otro y ellos escribían
y aprendían con muchísimo gusto.
Pero, una piedra muy dura
vino a caer en medio de la
felicidad de Bartolo y los
chicos. El Vendedor de
Cuadernos se enojó
como no sé qué.
Un día, fumando su largo cigarro, fue
caminando pesadamente hasta la casa
de Bartolo. Golpeó la puerta con sus manos
llenas de anillos de oro: ¡Toco toc!
¡Toco Toc!
–Bartolo –le dijo con falsa sonrisa atabacada–,
vengo a comprarte tu planta
de hacer cuadernos. Te daré por ella un
tren lleno de chocolate y un millón de
pelotitas de colores.
–No –dijo Bartolo mientras comía un
rico pedacito de pan.
–¿No? Te daré entonces una bicicleta de
oro y doscientos arbolitos de navidad.
–No.
–Un circo con seis payasos, una plaza llena
de hamacas y toboganes.
–No.
–Una ciudad llena de caramelos con la
luna de naranja.
–No.
–¿Qué querés entonces por tu planta de
cuadernos?
–Nada. No la vendo.
–¿Por qué sos así conmigo?
–Porque los cuadernos no son para vender
sino para que los chicos trabajen tranquilos.
–Te nombraré Gran Vendedor de Lápices
y serás tan rico como yo.
–No.
–Pues entonces –rugió con su gran boca
negra de horno–, ¡te quitaré la planta de
cuadernos! –y se fue echando humo como
la locomotora.
Al rato volvió con los soldaditos azules de
la policía.
–¡Sáquenle la planta de cuadernos!–

ordenó.
Los soldaditos azules iban a obedecerle
cuando llegaron todos los chicos silbando y
gritando, y también llegaron los pajaritos y
los conejitos.
Todos rodearon con grandes risas al Vendedor
de Cuadernos y cantaron “Arroz con
leche”, mientras los pajaritos y los conejitos
le desprendían los tiradores y le sacaban los
pantalones.
Tanto y tanto se rieron los chicos al ver
al Vendedor con sus calzoncillos colorados,
gritando como un loco, que tuvieron que
sentarse a descansar.
–¡Buen negocio en otra parte!–gritó
Bartolo secándose los ojos, mientras el Vendedor,
tan colorado como sus calzoncillos,
se iba a la carrera hacia el lugar solitario
donde los vientos van a dormir cuando no
trabajan.

En el material de CTERA se proponían preguntas posibles a partir de la lectura del texto: ¿Existen las plantas de cuadernos? ¿Cómo se consiguen los cuadernos? ¿Se regalan o venden? Comparando con la situación de los Pueblos Originarios. ¿Las tierras de Pueblos Originarios de quiénes son? ¿Se venden? Una vez finalizada la lectura, sugería el material, podrá dedicarse un momento más a la reflexión oral sobre: La actitud de Bartolo y sus ganas de repartir cuadernos Los niñxs que no tenían más cuadernos y salían muy caros La felicidad de Bartolo y los niñxs al tener cuadernos nuevos y lindos Porqué se enojó el Vendedor de Cuadernos. El cuento es disparador para pensar qué hacía Santiago Maldonado, a quién estaba acompañando y por qué. Se puede trabajar a partir de la lectura las siguientes ideas: modos democráticos -consenso, votación, autoridad que resuelve modos autoritarios imposición, violencia, golpe… La idea es trabajar el concepto de SOLIDARIDAD
La discusión sobre el sentido político y pedagógico del material fue extensa en el ámbito del HCS y no viene al caso en este momento reflexionar en torno a su sentido en nuestra Universidad, pero la planta de Bartolo es, a mi juicio una interesante metáfora sobre la Universidad Pública, sobre el Conocimiento y también, por qué no, sobre el lenguaje.
Pareciera que en estos tiempos hay distintos “vendedores de cuadernos” que hace rato que han advertido que “la Planta de Bartolo” es “buen negocio en otras partes”, y quieren ofrecernos un tren lleno de chocolate y un millón de pelotitas de colores; una bicicleta de oro y doscientos arbolitos de navidad; Un circo con seis payasos, una plaza llena de hamacas y toboganes; hasta una ciudad llena de caramelos con la luna de naranja. Cuando nos pregunten –¿Qué querés entonces por tu planta de cuadernos? Sería fundamental, indispensable….que respondiéramos como el buen Bartolo: “Nada. No la vendo”

Muchas gracias